

# Cuerpos asamblearios

## Acerca de *Cuerpos aliados y lucha política* de Judith Butler



*Ariel Pennisi (Universidad Nacional de José C. Paz/Universidad Nacional de Avellaneda/Universidad del Cínel/Instituto Superior de Formación Docente N° 1)*

La provocación que organiza el libro de Judith Butler dice así: “soy de por sí una reunión, una asamblea”. Se trata de un clamor libertario descubierto en los cuerpos individuales entendidos como entidades complejas y abiertas. Entramarse desde ese tipo de inteligibilidad supone operaciones concretas en el marco de búsquedas asociadas tanto al reconocimiento de la propia precariedad, como a la confianza en una potencia colectiva. Quien se lee a sí misma como asamblea, se dispone a leer del mismo modo al resto. Esa lectura tiene consecuencias políticas aquí y ahora; por ejemplo, cuando se encuentran vidas precarizadas y castigadas en términos aparentemente identitarios para desbordar todo encasillamiento. Los poderes que desestabilizan economías, reprimen en las calles, operan en los medios o incluso actúan desde dentro de los propios oprimidos, tienden a reforzar las identidades como factor de división de toda insurgencia a escala. Por eso, la deconstrucción de la negritud, el género, el desempleo, el proletario, etc. no conduce a ninguna pureza, sino a formas sorprendidas de irrupción a partir del establecimiento de solidaridades inesperadas.

Las minorías entrañan una potencia que va más allá del número. Puede tratarse de una minoría de uno solo que, capaz de leerse a sí mismo como asamblea, se vuelve el lugar de un llamamiento movilizador de alcances insospechados. Porque la potencia minoritaria no se funda en la demanda de reconocimiento –tal como aun hoy lo comprenden los hegelianos de izquierda–, ni mucho menos de reconocimiento “oficial”, sino en el desconocimiento de las instancias oficiales que inmovilizan la discusión sometiéndola a maniqueísmos coyunturales o a cinismos electoralistas. En todo caso, la legislación o

ciertas medidas de gobierno pueden resultar bienvenidas (vengan de quien vengan) siempre que se sostenga la tensión en la lectura desde el punto de vista minoritario que, por definición, se mueve con y contra tendencias.

En momentos en que los viejos esquematismos piden “frentes populares” o alianzas estratégicas para desplazar a las derechas de la hora, Judith Butler radicaliza el gesto aliancista, lo piensa como forma de vida. El resto es la política como espectáculo: los canallas de siempre haciendo sus cálculos y los espectadores y usuarios de redes sociales, incapaces de sostener siquiera una reunión para pensar los problemas vitales que los atraviesan políticamente. Pero, claro, indignados o desesperados piden a sus tutores de turno que se junten, que formen un frente, que encarnen un protagonismo perdido en las calles y en todo espacio posible para el encuentro, la conspiración, el sabotaje, la red inventiva...

La potencia *queer* consiste, entre otras cosas, en su resistencia a la cristalización identitaria. Para Butler se trata de un principio de alianza incómoda, reunión en la diferencia. Sin inventario ideológico ni carnet de pertenencia, desde una precariedad ambivalente que da cuenta tanto de una fragilidad como de una plasticidad y apertura sugerente, la potencia *queer* habilita imaginar comunidades de vidas raras, raras comunidades organizadas en torno a una “ética de la cohabitación”. No hay contradicción entre esta nueva anomalía salvaje que asomó hace más de dos décadas y la tradición callejera que supo reunir izquierdas, movimientos sociales y sectores populares organizados, asociaciones en lucha por las libertades civiles y minorías de todos los colores. En todo caso, cuando las formas tradicionales se vuelven reaccionarias pueden resultar impeditivas o, al menos, un obstáculo en la contienda del sentido. Para quienes tenemos la sensación de habernos vuelto predecibles en nuestro modo de tomar la calle y manifestarnos –y verificamos, de hecho, que con multitudinarias marchas no logramos mover el amperímetro político–, las minorías sexuales, las luchas feministas que desbordan el género, revelan otras formas de encontrarse y parecen ofrecer un importante caudal de resistencia a las capturas mediática, gubernamental y mercantil. Sin embargo, tampoco conviene cristalizar un sujeto dinámico en otra parte; el problema, más bien, consiste en identificar lo que mueve a las vidas ahí donde podemos encontrarnos, hacer reunión para activar lo que ya hay de reunión en nosotros. La buena conciencia militante es culpógena en la victoria y reaccionaria en la derrota.

El par cuerpo/vulnerabilidad organiza el libro de Butler de manera problemática: un cuerpo expuesto, en sentido ontológico, al cuerpo histórico entre precariedad y fuerza, entre poder y amistad, entre amor y pérdida. De ahí la importancia que da a la performatividad, es decir, al modo de presentarse, desplazarse, imponerse de los cuerpos entendidos como tramas complejas que incluyen flujos sensibles y anímicos, animalidad, cultura, técnica, genealogías y modos singulares de cerrarse imperfectamente sobre sí. Una docente trans de un bachillerato popular, ajena a las retóricas militantes, imagina (y corroboraba, no pocas veces, conversando) que, ante su sola presencia y su forma de desplazarse, las miradas más atentas se preguntan: “¿qué hago yo con mi libertad?”. Es una idea sobre la capacidad de interpelación de una performance vital que se encarna como política del cuerpo.

No se trata del cuerpo de la necesidad, ni del cuerpo individualizado jurídica y moralmente, insiste Butler, sino de cuerpos ligados a otros cuerpos de manera constitutiva –es decir, que otros cuerpos forman

parte del sentido de cada cuerpo—, de cuerpos que se definen por las redes de apoyo con que cuentan y las situaciones en las que actúan: “El cuerpo se define por las relaciones que hacen posible su vida y sus actos [...], un modo de relacionarse que continuamente pone en cuestión esa dimensión discreta”. Un cuerpo, entonces, no es una sustancia, ni un recorte fijo, sino un compuesto que se mueve y pone en cuestión su “dimensión discreta”, es decir, su recorte, su contorno como definición de su ser, su forma unitaria. Porque su unidad proviene de lo que integra en torno a una falla estructural, su singularidad, pero su carácter unitario no lo totaliza. Un cuerpo, cuando vivo, permanece siempre abierto.

Las luchas callejeras, las diversas formas de manifestación pública (incluyendo las tramas virtuales) se dan al nivel del restablecimiento de una vida “vivable”. Butler parece afirmar algo evidente: sobrevivir para poder hacerse una vida. La suspicacia de su planteo deja ver que las luchas de supervivencia entrañan el riesgo de subjetivarse como sobreviviente, es decir, como víctima. Por eso se detiene en lo elemental. La supervivencia social garantizada y el horizonte de la “vida vivible” son la condición —no la garantía— de todo *plus* vital, subjetivo, corporal, histórico. ¿De qué habla, entonces, cuando habla de vulnerabilidad? En ese punto, Butler es pragmática: “vulnerables” son los que bajo determinado régimen de poder resultan más expuestos al castigo policial y social; son, por diversos motivos, “blancos más fáciles”.

La definición que da Butler de “vulnerabilidad” descarta que las minorías resulten esencialmente vulnerables. Por ejemplo, ella critica al discurso feminista que cristaliza a las mujeres en esa posición de debilidad, concepción que, por otra parte, hace el juego al gesto paternalista. Donde hay vulnerabilidad hay resistencia y rechazo a todo paternalismo. La vulnerabilidad y la invulnerabilidad relativas son consecuencias políticas de un reparto desigual de lo político, lo económico, lo espacial...

La costura que propone *Cuerpos aliados...* articula de manera compleja la vulnerabilidad ontológica de los cuerpos finitos, expuestos a lo impredecible y a lo inmanejable, con la vulnerabilidad específica de determinados actores en un momento histórico. “La vulnerabilidad nos implica en lo que está más allá de nosotros pero que a la vez es parte de nosotros mismos, y que constituye una dimensión capital de lo que de momento vamos a llamar nuestra corporeidad”. A tal punto resulta post-identitario el pensamiento en el que opera Judith Butler, que la vulnerabilidad no está en los cuerpos ni mucho menos es propiedad *per se* de determinados actores (el estereotipo del pobre vulnerable o la mujer débil), sino que circula como posibilidad histórica que conecta con la fragilidad eterna de las vidas. Lo que se vuelve vulnerable o no es una forma de funcionar, la posibilidad de una vida, la emergencia del deseo, la capacidad amorosa, determinada composición social, un espacio de afinidades, etc.

Por otra parte, “cuerpo vulnerable” no significa solamente cuerpo que padece o vida precaria. Hay en esa fragilidad de fondo una inmensa capacidad de apertura hacia las otras vidas y el mundo opaco. Una política del cuerpo parte de esa exposición a los otros y las cosas que, al mismo tiempo, es una capacidad de entrega, de alegre desposesión de sí. Como consecuencia, ante situaciones de riesgo social y político no tiene sentido el repliegue identitario, ni la reducción de la incomodidad a la reacción. Hoy las izquierdas y los espacios políticos asociados a los sectores populares guardan un aspecto reactivo muy peligroso para sí mismos y las tradiciones que encarnan. En algún punto, una tradición solo

se honra sabiendo traicionarla en el momento justo, es decir, cuando algo nos fuerza a pensar. De lo contrario, izquierda moral y derecha cínica juegan sin cesar el juego del espejo.

Para Butler, una política del cuerpo es inevitablemente una política de alianzas. Y aliarse, en nuestro tiempo, significa entregarse a la posibilidad de conformar redes anómalas fundadas en solidaridades inesperadas, cuerpos inexpertos, ángulos novedosos. Si los nuevos feminismos o feminismos menores, llevados hasta sus últimas consecuencias tienen la tarea de hacer estallar el género, la solidaridad que portan asume también un rol ante lo desconocido: “hay una dimensión desconocida de nuestra solidaridad con otros individuos que estamos dispuestos a aceptar [...] En mi opinión, la solidaridad nace justamente en ese momento, y no cuando se establecen acuerdos con pleno conocimiento de causa”, dice Butler.

Hoy día las rondas de mujeres que irrumpen en las manifestaciones masivas, las asambleas improvisadas, los colectivos que se preguntan por la crianza, las formas de dar vida, la medicalización del cuerpo, la figura de la manada, entre otros interrogantes, presentan laboratorios aquí y ahora de formas deseables de vida en común. Ni esperanza ni promesa. Se encontraron y se dieron cuenta de que eran todas mujeres... pero ¿qué significa ser mujer? ¿Conviene sostener ese sentido? Tal vez esas yuntas preparan un hermoso complot que, sobrio y poco pretencioso, desactiva lentamente el imperio del género, incluso el sentido de “ser mujer” (lo que inmediatamente desarmaría la patética hombría aún afirmada por tantos especímenes, la ilusión patriarcal, la institución masculina). Juntarse en las casas, conectarse a través de las redes, tomar la calle o buscarse en un sótano; cuerpo e infraestructura, habitar y pelear... refugio y creación. Las minorías se reúnen desde su intrínseca condición asamblearia para dejar de ser lo que son, no para abandonar la asamblea una vez “resueltos” sus problemas, ya que “soy de por sí una reunión, una asamblea”. Desde esa perspectiva, no hay género que aguante.